

A
DELTERO presenta

EN CONSTRUCCIÓN

Obra teatral escrita e interpretada por:
Carolina Román y Nelson Danto
Dirección:
Tristán Ulloa

Textos: Carolina Román y Nelson Danto / Escenografía: Alexandra Alonso-Santocildes /
Vestuario: Clara Bilbao / Iluminación: Eduardo Alonso Chacón / Música: Julio de la Rosa
Foto de cartel: Sergio Parra / Diseño de cartel: Rafael Celis /
Audiovisuales: David Ulloa y Daniel Ortega / Ayte. de dirección: Diego Salasés /
Dirección y producción: Tristán Ulloa

En construcción

Pieza teatral de
Carolina Román y Nelson Dante
Dirección de Tristán Ulloa

Una proyección donde se ven imágenes de Madrid, las calles del centro al atardecer, un día de lluvia. Entre la gente, Pablo, que camina hacia una cafetería. Enciende un cigarrillo y mira a través del cristal a Sole. La cafetería está casi vacía. Sole, vestida con un uniforme de camarera, limpia una mesa y se siente un momento a descansar.

La imagen del video se superpone con la real en escena.

Cafetería en Madrid

Sole sentada a una mesa, sola. Tiene la cabeza baja. Entra Pablo y se sienta enfrente.

PABLO

Un café con leche, corto de café, la leche muy caliente; una tostada con tomate y aceite, sacarina y vaso de agua.

Sole levanta la mirada.

PABLO

Y todo a la vez.

Durante unos segundos se miran en silencio, como si se descubriesen/reconociesen.

SOLE

Sacarina no hay.

PABLO

¿No hay?

SOLE

La sacaron de circulación, por cancerígena.

PABLO

¡No!

SOLE

Sí, el ciclamato.

PABLO

¿Y los diabéticos?

SOLE

¿Y los gordos?

PABLO

No, los gordos no.

SOLE

¿Por qué no?

PABLO

Porque un gordo puede elegir.

SOLE

¿Y un diabético no?

PABLO

Y... no.

SOLE

Puede comer salado siempre.

PABLO

¿O morirse?

SOLE

Bueno, esta bien, es diferente, sí... Pero no deja de ser una elección.

PABLO

Morir no se elige.

SOLE

¿Y el suicidio?

PABLO

¿Qué?

SOLE

Si tu voluntad es morir, podés suicidarte, ¿no?

PABLO

Pero sólo se elige el “cómo” y el “cuándo”, nada más. Una elección implica opciones, alternativas... y morir no las tiene.

SOLE

Bueno, lo que no tenemos es sacarina. ¿Azúcar?

PABLO

¿Tengo elección?

SOLE resopla

PABLO

Bueno... ¿Vos qué elegirías?

SOLE

Muerte por chocolate.

PABLO

¿Qué es eso? ¿Comer chocolate hasta explotar?

SOLE

Es un postre de la carta.

PABLO

¿Elegirías morir así? Yo elegiría la muerte blanca, de día, en la nieve.

SOLE

¿Qué es eso?

PABLO

Algo así, como que te vas quedando dormido hasta que te morís.

SOLE

¿Y no es mejor en tu cama... de un infarto,
durmiendo?

PABLO

No, es mejor en un paisaje así fuera de lo que
ya fue tu vida. Como el preludio de algo nuevo.
Más un principio que un fin.

SOLE

¿"Preludio"? Odio el frío, me moriría incómoda.
Me parece triste. Innecesario morir así.

PABLO

Y entonces, ¿qué elegirías?

SOLE

Yo elegiría irme. Se acabó mi turno. (PAUSA)
¿Qué hacés acá, Pablo?

PABLO

Nada, pasé a verte. ¿Ya salís entonces?

SOLE

Todavía me queda hacer caja. ¿Te pido el café o
no?

PABLO

Dale... Negra.

SOLE

¿Qué?

PABLO

El azúcar... negra.

SOLE

Moreno. Acá el azúcar es moreno.

Cambio de luces. Sole sale de escena y Pablo se
aleja de la mesa. Mira hacia el techo.
Casa de Sole y Pablo en Buenos Aires
Pablo solo en escena. La mirada perdida.

PABLO

A ver si aguanta la primer lluvia el arreglo

éste. Las humedades son más jodidas de sacar de encima que...

SOLE (off)

¿Me hablás a mí? No te escucho.

PABLO

No... del techo, digo... Nada, a ver si aguanta el arreglo que mandó hacer mi viejo al techo.

SOLE (off)

Sí, seguro que aguanta. Tu viejo es un máquina de arquitecto. No te preocupes más por la casa, ya está. Ché, tus viejos saben a qué terminal vamos, ¿no?

Pablo guarda biberones y leche en un bolso de viaje.

PABLO

Sí saben. Mi vieja ya debe estar ahí. Es más, ¿sabés que nos preparó unos tupper?

SOLE (off)

Y sí... Mabelita, antes de que a su hijito le falte su tuppercito prefiere morir. ¡Ay, las idishe-mame!

PABLO

No seas así. Bien que después metés mano. Te quejás y después abro los tuppercitos y es el paraíso, ¿o no? Pizza nos hizo. (PAUSA) Idishemame... ¡ay, viejita, cómo voy a extrañar tus tappers! Sobre todo las pizzas. ¿Qué le pondrá a la masa? No hay nadie que las haga más ricas que ella. Siendo objetivo, ¿eh? (Se queda pensativo, sonriendo)

La primera vez que la invité a salir a Sole fuimos a una pizzería. ¡Cómo me costó que aceptara! Desde que la conocí hasta que aceptó salir pasó mas de un mes. Era más dura... Se hizo rogar, me dijo: "Bueno, salimos, pero si no te importa que vayamos con Olga mi amiga y su novio, porque ya habíamos quedado en eso con ella este sábado".

“No, por mí está todo bien”, le dije.

Cuando llegué ellas ya estaban ahí y al segundo llegó el novio de Olga, Antonio. Ya me hizo quedar mal ni bien llegó: lo veo entrar con un ramo de flores enorme, y a mí se me quedó una cara de pintado al óleo que ni te explico.

Ellas se pusieron re contentas, sobre todo Olga, claro, y se levantaron a saludarnos. Yo les di un beso a cada una y le pasé la mano al flaco. En cuanto me senté, vi que él les había corrido la silla a las dos antes de sentarse, segundo palo de la noche. Después le siguió una conversación interesantísima sobre veterinaria: vacunas, malarías y demás actividad agropecuaria. Y Sole y su amiga estaban entregadas a la tertulia, al monólogo del flaco, hipnotizadas como gallinas. Porque no era lo que decía, era cómo lo decía. Las miraba y se las comía a las dos. Sole estaba divina con un vestidito azul y una cinta en el pelo, y claro, escote mata amistad. El pibe jugaba a dos puntas, por las dudas. Yo crucé dos frases con Sole, no sé ni qué me contestó. No podía dejar de mirarle la boca, las tetas, y no veía la hora de sacarla de ahí y besarla. ¿Por qué nuestro primer encuentro estaba siendo tan nefasto? ¿Quién me lo mandó a este boludo? ¿El enemigo? No contento con esto, el pibe le hace unas señas a unos flacos que iban pasando de mese en mesa, desafinando como gallos. La gente les daba monedas pero para que se fuesen; ni los escuchaban de lo malos que eran. Y cuando llegaron a nuestra mesa, animados por nuestro Antonio, veo que al que cantaba le sugiere un tema al oído. Felices, arrancan con El día que me quieras.

Gardel, Lepera, yo, los de las demás mesas nos quedamos todos muertos. Y cuando miro a Sole, la veo embobada con el detalle. Yo me quería matar.

Cuando por fin terminaron de destrozarse el tango y se fueron, llegaron las pizzas. Mordí y...

¡bingo! La masa más dura que probaste en toda tu puta vida. Eso no era masa, ni era pizza, ni era nada. Un chicle duro y soso tenía más

sabor. Entonces dije que mi vieja era la reina de las pizzas y que a masa no le ganaba nadie, que aquello no era una masa a la piedra, por favor. ¡Tomadura de pelo! Antonio, al escucharme, saltó muy resuelto y dispuesto a dar una cátedra sobre la preparación de la verdadera receta de la masa: “La pizza a la piedra se hace así porque...” Y ahí ya no aguanté más y le dije: “Flaco, lo de las flores, bueno, lo de la silla también, lo de los músicos o, bueno, esos que vinieron, también... en la guerra todo vale. Pero a mi vieja ni tocarla. Y la mejor masa del mundo la hace ella y fin.

(PAUSA)

Se hizo un silencio sepulcral. Me levanté, me di por vencido, dejé algo de guita y me fui. Que sea lo que dios quiera, me dije. Ya está, de esto no hay retorno, porque del ridículo no se vuelve y así era como yo me sentía, ridículo. Hasta los huevos... pero ridículo. Sole me encanta, pero si la primera salida es ésta y con lo que me costó que me dijera que sí... me parece que ya fue, que ya está. Me armé un faso en la esquina, pensando en qué carajo acababa de pasar, pensé: “¿Y ésta es la piba con la que yo quiero estar? ¿Y si le gustan los pibes así como este Top Gun, que hace aceptando mi invitación?” Y en eso la veo venir, corriendo hasta la esquina. Me dijo: “a mí tampoco me gustó la pizza”. Y nos fuimos caminando un largo rato en silencio hasta que nos empezamos a reír como dos boludos, ¡dios mío! ¡Quién nos iba a decir que llegaríamos hasta acá! ¡qué piba! Sole siempre te sorprende con sus salidas.

SOLE (entrando)

Amor, dale, que tienen que venir los nuevos dueños con la señora de la inmobiliaria y todavía estamos acá. Querrán estar solos, ¿no? Dale, vámonos sin más... así. Es lo mejor. Cerramos la puerta y listo.

PABLO

Bueno si nos encuentran acá que se jodan. Era a partir del lunes la entrada. Hoy es un favor que le hacemos. ¿Te acordás de la primera vez que entramos? No te gustaba nada. Y yo te explicaba de mil maneras las reformas que podíamos hacer... y vos con una cara hasta el piso me decías que te deje de joder, que no lo veías.

SOLE

¿De eso te estás acordando ahora? ¡No seas malo! Si sabés que nunca me puedo imaginar nada. Vos ves cosas que yo no. Ves una ruina y ves una casa que a vos te parece lo mas normal. Yo no tengo ese don. ¿Quién es el reformador?

PABLO

Acá el profesional es mi viejo, yo soy un pequeño saltamontes, aprendíz de oído.

SOLE

Era horrible la casa. Con la mancha de humedad de esa pared podíamos hacer un mandala multicolor. Toda fría, fea... llovía... ¿qué pretendías? Te acordás de eso pero no de cómo quedó... ¿Perdón?

PABLO

Bueno, por dos cortinas y unos almohadones no te agrandés ahora. ¿Qué sos? ¿decoradora de interiores?

SOLE

Te odio. Sí, también soy decoradora de interiores.

PABLO

Dale, decoradora pluriempleo, dame las llaves y se las dejamos encima de la mesa, así tienen dos juegos.

SOLE saca las llaves de su bolsillo y se las entrega a PABLO. PABLO sale.

SOLE

No le vamos a dejar la mesa en el medio. (Se queda pensativa unos segundos, ensimismada. Luego reacciona.) Vamos, que ya debe estar por llamar mi viejo. Sabés que se pone nervioso si llama y no estamos listos... A esta hora tardamos como una hora al aeropuerto.

PABLO (off)

Es temprano. Hoy la Panamericana va a estar vacía. Vamos a llegar en un pedo.

SOLE

Mi viejo es un pesado con la puntualidad. Bah, con eso y con todo lo que tenga que ver con hacer las cosas bien. Por qué pensás que en el banco en donde trabajaba le vivían haciendo chistes? “Ché, Miguelito, ¿viniste a ver si estaba el sereno?”

PABLO (off)

Sí, ya me lo contaste mil veces. Guardo los pasaportes en tu bolso, acordate.

SOLE (sin oírlo, ensimismada)

Se reían de eso siempre. En el banco entró de pibe, llevando papeles de acá para allá, haciendo café... En esa época había sandwiches de jamón y queso para la mañana, y mi viejo se encargaba de hacerlos. Hasta hoy algunos le llaman Ratón, ¡hasta hoy! porque no se podía contener y comía queso a escondidas. Era lo único que no podía controlar. Pobre, se moría de vergüenza cada vez que lo enganchaban comiendo. A la salida del cole yo solía ir caminando hasta la puerta del banco a esperarlo, porque quedaba cerca de mi escuela, y me decían: “¿vos sos la hija de Ratón?” ¡Ay, cómo me jodía que me dijeran eso! Toda la vida dejándose la piel en ese bendito banco. Él era, como dice el tango, una abeja en la colmena, y así, de a poco, fue ascendiendo. Y ahorraba. No se daba casi gustos. Para nosotros era un evento ir a la heladería de noche. Mi vieja nos ponía vestidos y sandalias

a las tres hermanas, y él sacaba el Peugeot 504 celeste, flamante y nos llevaba a la heladería “Capri”, y nos paseaba por la avenida con las ventanillas abiertas y con Roberto Carlos a toda mecha sonando en el stereo. Nos reíamos con mamá porque decíamos a los vecinos: “Chau, nos vamos a Capri, de vacaciones”. Y ya de grande le decíamos: “¿Papá, cuándo van a ir a conocer Capri con mamá? ¿Para qué ahorraste tantos años?” Y ella decía: “¿Qué a Capri? ¡A París con todo lo que ahorró!” (PAUSA)
De eso me acordé el día que mamá entró llorando, diciendo: “Tu papá fue al banco, perdimos todos los ahorros.” Nunca la había visto llorar con tanta rabia. Ella que siempre fue tranquila, no decía nada en un tono más alto que el otro, nunca una mala palabra... pero esa mañana parecía otra gritando, llorando y diciendo “¡hijos de puta!”. Es extraño, ¿no? Papá había trabajado sin pausa toda su vida para disfrutar al final, como decía él, para estar seguros y tranquilos en la vejez... Y la realidad supera al porno porque encima trabajó en un banco... El mismo que lo estafó, ese mismo que le robó horas de sueño, horas de estar con su familia, días de estar con su mujer viajando, ese mismo lo dejó secó, en la calle, con lo puesto. (PAUSA)

En medio de los cacerolazos, no nos dirigimos la palabra ninguno, ni mis hermanas, ni mis viejos, ni Pablo. Sólo mamá dijo a otra señora: “Con esta cacerola di de comer a mis hijos durante años, y con esta misma cacerola pido justicia” Y miré la pobre cacerola roja, hecha una mierda... era tan vieja... Era cierto. Por lo menos le sirvió para desahogarse, para llorar... Bueno, ahora no para, le agarró el gusto, se ve.

Suena el celu (móvil) de SOLE.

SOLE (al teléfono)

¿Papá?... Sí, ya estamos, sí... No, Sofi está de lo más bien, tomó la teta y está tranquilita,

sí... ¿Por qué no viene mamá?... Pasámela...
Ma... no llores mami... dale, no me hagás esto... es
más fácil si estamos todos juntos y estamos
bien... Dale, ma... Mamá... Mami... Yo también...
Chau... Los llamo en cuanto lleguemos... Mañana
al mediodía estamos ahí... ¿Mami?... Papi... sí, ya
la escuché... qué difícil me lo hace, ché...
Bueno, sí... nosotros ya estamos listos... No, vos
tranquilo, yo estoy bien.... ¿Vos estás bien?...
Yo también... Qué bueno que estemos bien... Decile
que se calme, no me puedo ir así. Dale, ahora
te veo.
Sole cuelga. Pablo entra y la abraza por detrás.
Luego señala al aire, como si escuchase una
megafonía de aeropuerto y lo reproduce con un
acento español inventado, exagerado.

PABLO

Bueno, ya no hay marcha atrás. ¡Eshpaña, allá
vamos! Ze zolicita la prezenzia de la zeñorita
bebé Zofía, la zeñorita Zoledad y el zeñor
Pablo. La tripulazi3n lez está ezperando
anziozoz para embarcar en ezta nueva aventura.
Tengan a bien coger ezte avión al paraízo.
¿Qué? ¿sorprennida, mamita?

SOLE (riéndose de él)

Zorprendidízima, y los que más se van a
zorprender van a ser los propios españoles
cuando te oigan.

PABLO

¡Ah, te estás riendo! Bueno, bueno... Vamos a
ver, Sole... tenés que estar preparada, porque
aunque hablen español allá todo es distinto. Me
dijeron que si preguntás la direcci3n de una
calle te dicen que bajas todo recto o que
subas. Vos entendés las palabras bajar, subir,
calle recto... ¿no es cierto?... Pero, ¿sabrías
llegar?... o sea... ¿entenderías el
significado?... Subir o bajar la calle... sin
número, ¿eh?... No están hablando de
numeraci3n. Hablan más como de orientaci3n
geográfica, como si subir fuese andar una
cuesta o algo así. ¿Ves?, es otro idioma. Es

más... en los curriculums deberíamos poner bilingües... Onda “entiendo y hablo español como ustedes”. ¿Entendés?

SOLE

Lo que entiendo es que nos tenemos que ir ya. Dale, “filosofía barata y zapatos de goma” ¡dale! Salgamos antes de que mi viejo se ponga a tocar bocina y despierte a todo el barrio, que hay gente que no madruga hoy, ¿sabés?

PAUSA.

PABLO

Gracias, Negra.

SOLE

¿Gracias por?

PABLO

Por acompañarme en esto.

SOLE

¿Qué me dijiste cuando nos conocimos?

PABLO

¿Qué de todas las cosas que te dije?

SOLE

No, de todas las cosas, no. Lo más importante.

PABLO

Que si bailabas. Y me dijiste que no, que no sabías bailar.

SOLE

No, cuando me dijiste que me acompañabas a mi casa y te dije que estaba lejos. Vos me dijiste que no pensabas volver y yo te conteste, “¿a dónde?”... y ahí, ¿qué me dijiste?

PABLO

¡Otra vez! ¡Si ya sabés! No me hagas que te repita.

SOLE

Dale... ¿Qué te cuesta? Me gusta escuchar eso. Me da paz. No se por qué, pero me da paz.

PABLO

Te lo digo en cuanto pisemos Madrid, promesa. Terminan de guardas las últimas cosas.

PABLO

Che, me da cosa cerrar la puerta... Al final me aflojo, ¿viste?

SOLE

Y sí... pero es la opción que tenemos. Hace un año no podíamos ni pensar en que se iba a vender la casa. Menos que podríamos viajar y vivir en otro país. Pensá que Sofi va a poder tener otro mundo. No sé... es casi un sueño esto, ¿no? Por lo menos tenemos esta salida y vos vas a tocar con el pibe este, el bajista. ¿No es increíble eso?

PABLO

Ya vas a ver que vamos a estar re-bien allá. Y si pasa algo acá a tus viejos o a los míos... ya veremos. Estamos a doce horas nada más.

SOLE

Más vale. Nos tomamos un avión, dormimos y estamos acá otra vez... y listo. (Suena la bocina de un coche) ¡Dale! ¿Qué te dije?

Miran la casa por última vez... y salen a toda prisa.

Cafetería en Madrid

Sole vuelve con el café de Pablo.

Pablo de pie lía un cigarrillo.

SOLE

No fumes acá, Pablo.

PABLO

¿Y qué vas a hacer ahora?

SOLE

Me voy a mi casa ¿Por?

PABLO

Dale, te acompaño. Caminamos un poco.

SOLE

No, me voy a tirar un rato, estoy cansada.
Acordate de venir a buscar a Sofi esta noche a casa.

PABLO

No, no, pará, Sole... Hoy no puedo. Al final me llamó Mario, el bajista, que tenemos un bolo esta noche ahí, en La Recova.

SOLE

No, Pablo. No es así, ¿eh? Yo tengo mis planes también. Esas cosas se avisan.

PABLO

Vos sabés cómo es esto. Es así, nos invitaron.
Y encima vamos a tocar temas nuestros.

SOLE

Justamente: Es así y yo hoy tengo arreglado con Vicente.

PABLO

¿Vicente?

SOLE

Vicente, mi jefe, sí. Ya te dije, el que se ofrece a... bueno, eso que te pregunté.

SILENCIO

PABLO

Sí, no me acostumbro todavía. Vicente. No, como no sabia que se llamaba así. Siempre decís "mi jefe"... pero ahora así, "Vicente"... suena como... no sé... Vicente.

SOLE

Arreglé con él lo de los viernes. Te dije que

necesitaba los viernes.

PABLO

No, me dijiste que este viernes me quede con Sofi, no los viernes.

SOLE

Éste y todos los viernes. Canto ahí... en el bar.

PABLO

¿Cantás, Sole? Vos no cantás.

SOLE

Bueno, ahora canto. ¿Qué pasa? Ahora canto. Vicente me da el espacio en el mismo bar. ¿Cuál es el problema?

PABLO

¿Qué es? ¿Un karaoke, ahora? Te daba espacio para servir las mesas.

SOLE

Ya no sirvo las mesas. Soy la encargada y la que organiza.

PABLO

¿La qué?

SOLE

La encargada. Y pusimos una tarimita con un foco y todo. Re lindo quedó. Hacemos la noche porteña cena-karaoke.

PABLO

¿Qué noche porteña? si vos no cantas tango... no te entiendo qué...

SOLE

¿Y qué sabes vos? Ahora canto tango, boleros y hago un montón de cosas más que ni sabés.

PABLO

¿Qué cantás? ¿Como Tita Merello?

SILENCIO

PABLO

No, Sole... Escuchame... Yo lo que tenía pensado era que vinieras con la nena a verme. El Cholo me preguntó por vos y todo.

SOLE

¿Y todo qué? ¿Qué es el Cholo? ¿Ahora hay personajes nuevos en tu vida? No sé quién es ése... y todo.

PABLO

El Cholo... el que es representante... que nos consiguió las movidas de los bolos.

SOLE

Pablo cortala con esas cosas. Ese pibe es otro fantasma. ¿Qué te consiguió? Es otro que te llena la cabeza. Olvidate, ya fue. Pensá en cosas posibles, ¿viste? ¡tocá tierra!

SILENCIO

SOLE

Escuchame, si no podés venir a buscarla a la gorda la llevo yo hasta tu casa y listo.
(PAUSA) Mirá, es una cuestión que tengo que resolver y lo que me ofrece Vicente es la mejor opción. ¿Qué querés? ¿que me lo piense?

SILENCIO

SOLE

Pablo, ayudame un poco. ¿Ofrecés alguna solución? Ponémelo fácil. Sabés que acá todo es distinto y primero lo primero, no me puedo poner ni melancólica ni romántica. ¿Qué querés que te diga? ¿Qué está todo guay?

PABLO

¿Qué? ¿"Guay"? ¿Qué te hacés la española?

SOLE

Si entendiste lo que te dije. No está todo bien, Pablo.

PABLO

¡Ah, que acá sos otra persona! Porque si sos extranjero no podés ser ni melancólico ni romántico...

SOLE

Te estoy hablando de otra cosa... es adaptarme a esto... ¿Qué querés que haga? ¿Que viva como siempre? No se puede, ¿no te das cuenta?

PABLO

Y para adaptarte necesitás ser otra, tenés que perderte de ser vos, me tengo que perder de ser yo, ¿eso querés? Ahora sos extranjera, así que viví como extranjera, comé, dormí, soñá como extranjera. Yo estoy bien como soy. No por estar en Madrid soy otro tipo. Soy el mismo Pablo de siempre. Me gusta cómo soy. Porque ahora vos me estás hablando como otra persona; no sos la que conocí yo. Es otra persona que llevabas dentro y ahora sale, se apodera de tu cuerpo y mente y me habla. Es así, ¿no?

Pablo se levanta para irse.

SOLE

¿A dónde vas?

PABLO

A fumar. (sale)

SOLE

No se puede hablar así...

(al público) Cuando se pone así me hace acordar a mi tío Eduardo, con todo lo bueno y todo lo malo que tiene mi tío, que te argumenta lo que sea tan pero tan bien que aunque sepa que no tiene razón del todo hay un punto de mí que le cree. (...) Tienen esa cosa de embaucarte, embriagarte peligrosamente y al final convencerte, porque en el fondo son buenos tipos, eso es lo que te termina venciendo. Mi tío Eduardo siempre fue un tipo leal y compañero en todo, como este; el típico que

visita a sus amigos en los hospitales, que presta el coche y el que va a los velorios de los parientes y vecinos, y consuela. Y claro, lo aman. Tiene un don de contener y de acompañar que no es de este mundo. Me acuerdo la primera vez que yo vi un muerto fue cuando me llevó al velorio de Doña Katia, la abuela de nuestro vecino Tito. Cuando entramos para que nos reconocieran los demás familiares, Tito lo presentó como “Éste es Eduardo, el hijo de Doña Irene”. “¡Ah! El hijo de la extranjera”, dijo enseguida una señora... Y yo pensé “¿Qué extranjera? Es mi abuela. ¿Por qué la llama extranjera?” “Sí, justo”, dijo Tito, “es el hijo de la gallega, y ésta es Sole, la nieta.” Y ahí nomás un sinfín de besos babosos, pellizcos en los mofletes y un run run interminable de llantos, anécdotas sobre la pobre Doña Katia y todo el periplo de su vida desde que salió de Calabria hasta que llegó a Buenos Aires.

Y esa impresión no se me fue nunca de la cabeza: el olor a flores, el calor de ese salón en plena lluvia de verano, esa señora toda dura y tapada de tul, con algodón en la boca, esa señora que ya no era Doña Katia y esa palabra,

19

extranjera, que para mí tampoco era mi abuela. Qué palabra, ¿no? Extranjera. Extra. Empieza por extra. ¿Qué es eso? ¿Es un plus? ¿Qué onda? ¿Enriquece o sobra? ¿Es estar de más? Mi abuela Irene, como Doña Katia, si bien habían venido de otro lugar, eran de ahí, de ese barrio, de esas calles. Tomaban mate, bailaban tango en el club de enfrente de casa, hacían tortas de cumpleaños para los nietos, amasaban ñoquis los 29 de cada mes y ponían un billete de un peso debajo del plato para que no falte plata en casa. Costumbres, ¿no? Y aunque se enojasen en otro idioma, que a mi me hacía tanta gracia, ellas eran de ahí, no se me ocurría pensar que no pertenecieran. Si uno arma una familia en ese otro lugar, ¿no es ya suyo ese lugar? Si uno tiene a sus amigos, vecinos, calles, colegios, paga sus impuestos,

toma el autobús va a su trabajo, celebra logros, cumpleaños, llora, sufre, entierra sus muertos, ¿no es ése su lugar?

Y me acordaba de esto el otro día en el parque de atracciones donde a veces me llaman los domingos. Estábamos en el Tren de la Alegría, las tres chicas esperando y vino el director de ahí y nos dijo: “Sandra es la que va a cantar en el trencito y las otras dos vais a hacer de hormiguitas. Os ponéis las cabezas y bailáis.” Y yo dije: “Yo sé cantar.” Y me dijo: “Ya, pero es por el acento, como eres extranjera a los niños les va a resultar extraño.” Y ahí uní: extranjera, extra, extraña. ¿Será así? Ahí nomás se me vinieron un montón de canciones de mi infancia con las letras de María Elena Walsh y no las podía cantar sin mi acento. (canta un fragmento breve) Y las canté mientras bailaba dentro de esa cabeza de hormiga gigante y sonriente, y me reí y también lloré, porque mi infancia fue de allá y ahora, tan lejos de mis calles, la traigo acá. ¿Es extraño. no?

Sole vuelve a la mesa a sentarse en la última frase. Entra Pablo.

SOLE

¿Te podés sentar? Me voy a pedir un café y hablamos.

Sale.